Fiesta de la Sagrada Familia

Lecturas: Eclo 3, 2-6.12-14; Sal 127; Col 3,12-21; Lc 2, 22-40.

En este primer domingo después de Navidad seguimos contemplando el Misterio de Belén reflejado en la Sagrada Familia de Jesús, María y José, en cuyo seno "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). A través de la vida ejemplar de esta familia se realiza la historia de la salvación. Y así se ha expresado en la ración inicial de esta Eucaristía, que ha presentado a la familia de Nazaret como "un maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo", para que imitando "sus virtudes domésticas y su unión en el amor", podamos llegar a "gozar de los premios eternos en el hogar del cielo".

La creciente aceptación social de ideologías que ponen en cuestión la identidad de la familia hace más necesario buscar luz en la razón humana iluminada por la Palabra de Dios.

El texto del libro del Eclesiástico trata de las relaciones entre hijos y padres. El que honra a su padre y a su madre expía sus pecados, acumula tesoros, se alegrará de sus hijos, tendrá larga vida y obedece al Señor. La compasión y respeto al padre y la madre, aunque hayan perdido el juicio, no será olvidada por Dios. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda a los hijos el "cuarto mandamiento" de la Iglesia y les dice que "en la medida en que ellos puedan, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad y abatimiento" (2217-2218).

La carta a la comunidad de Colosas nos ha presentado un programa ideal de vida de familia en el Señor. Su "uniforme", vestido común y distintivo, debe ser la misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, amor, capacidad de perdón: "perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro... que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón...y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada". Las relaciones entre el marido y la mujer, y de ellos con sus hijos, deben permanecer en la acción de gracias, dando primacía a la Palabra y a la enseñanza y exhortación mutua para ponerla en práctica, y orando con cantos, salmos e himnos. El pasaje del Evangelio de Lucas ha descrito la escena de la presentación de Jesús en el Templo. María y José llevaron a Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta días después de su nacimiento, para consagrarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la Ley: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor".

La presencia de Jesús en el templo es cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: "... llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando; y el mensajero de la alianza en quien os regocijáis, mirad que está llegando... Refinará a los levitas y los acrisolará como el oro y la plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén" (Mal 3, 1. 3-4).

Jesús es el Santo concebido por obra del Espíritu Santo y llamado Hijo de Dios. No necesita ser rescatado y purificado; él es el rescate de Israel; él expía los pecados del pueblo. Su vida es ofrenda a Dios para salvar a su pueblo de los pecados. Y viene a purificar a los sacerdotes y al pueblo, para que el Señor reciba la ofrenda que a él le agrada. En expresión de la carta a los Hebreos: "Jesús participó de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte... y liberar a cuantos... pasaban la vida entera como esclavos" (Heb 2, 14-15).

Simeón confiesa a Jesús como "luz para alumbrar a las naciones". Jesús es **luz** porque la **ofrenda** de su vida ha mostrado el camino del amor hasta el extremo. La ofrenda de su vida es un misterio de amor y, por ello, es un misterio luminoso. Simeón anuncia a María su participación en la ofrenda salvadora de Jesús en la cruz, en su misterio pascual: "Y a ti, una espada te atravesará el alma". Al servicio de la vida y misión del Salvador, todas las penalidades fielmente asumidas por María y José, se convierten en un misterio luminoso, en luz para las familias cristianas.

Por otra parte, los testimonios de Simeón y Ana nos ayudan a comprender que para encontrar al Señor Jesús y reconocerle como Luz y Salvación son necesarias la pobreza de espíritu, la esperanza confiada, la oración perseverante y la consagración de la propia vida al servicio de Dios por amor.

Los testimonios bíblicos, en conjunto, nos presentan un atractivo ideal de vida de familia como comunidad de generaciones, con padres, hijos y abuelos, que transmite la vida, las tradiciones y la fe del pueblo de Dios.

Todos hemos recibido de otros la vida y las verdades básicas para la misma, y estamos llamados a alcanzar la perfección en relación y comunión amorosa con los demás. La familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, expresa esta dimensión relacional, filial y comunitaria, y es el ámbito donde el hombre puede nacer con dignidad, crecer y desarrollarse de un modo integral.

Cuando un niño nace, recibe con el don de la vida un patrimonio de experiencia, que los padres tienen el derecho y el deber inalienable de transmitir a los hijos: educarlos en el descubrimiento de su identidad, iniciarlos en la vida social, en el ejercicio responsable de su libertad moral y de su capacidad de amar a través de la experiencia de ser amados y, sobre todo, en el encuentro con Dios. Los hijos crecen y maduran en la medida en que acogen con confianza esa educación y elaboran una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, que cada generación está llamada a realizar.

En el origen de todo hombre y, por tanto, en toda paternidad y maternidad humana está presente Dios Creador. Por eso los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios, que lo ama por sí mismo y lo llama a la filiación divina. Más aún: toda generación, toda paternidad y maternidad, toda familia tiene su principio en Dios, que es familia formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La memoria de Dios Padre ilumina la identidad más profunda de los hombres: de dónde venimos, quiénes somos y cuán grande es nuestra dignidad. Venimos ciertamente de nuestros padres y somos sus hijos, pero también venimos de Dios, que nos ha creado a su imagen y nos ha llamado a ser sus hijos. Por eso, en el origen de todo ser humano no existe el azar o la casualidad, sino un proyecto del amor de Dios. Es lo que nos ha

revelado Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y hombre perfecto. Él conocía de quién venía y de quién venimos todos: del amor de su Padre y Padre nuestro.

La fe no es una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la buena nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad.

Con el pasar de los años, este don de Dios, que los padres han contribuido a poner ante los ojos de los pequeños, necesitará también ser cultivado con sabiduría y dulzura, haciendo crecer en ellos la capacidad de discernimiento. De este modo, con el testimonio constante del amor conyugal de los padres, vivido e impregnado de la fe, y con el acompañamiento entrañable de la comunidad cristiana, se favorecerá que los hijos hagan suyo el don mismo de la fe, descubran con ella el sentido profundo de la propia existencia y se sientan gozosos y agradecidos por ello.

La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos (FC 60); cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre.

En la cultura actual se exalta muy a menudo la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si se hiciera él sólo y se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a su responsabilidad ante ellos. Se intenta organizar la vida social sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a una verdad objetiva previa, como son la configuración natural y la dignidad de cada ser humano, con sus deberes y derechos inalienables, a cuyo servicio debe ponerse todo grupo social.

La Iglesia no cesa de recordar que la verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad. Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Ésta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevarnos.

Jesucristo es el hombre perfecto, ejemplo de libertad filial, que nos enseña a comunicar a los demás su mismo amor: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor" (*In* 15, 9). A este respecto enseña el concilio Vaticano II que "los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben apoyarse mutuamente en la gracia, con un amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en la enseñanza cristiana y en los valores evangélicos a sus hijos, recibidos amorosamente de Dios" (LG 41).

La familia cristiana está llamada a cumplir sus fines no como una obligación moral impuesta desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos. Si estos permanecen abiertos al Espíritu y piden Carlos López Hernández

su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo. La presencia del Espíritu ayudará a los esposos a no perder de vista la fuente y medida de su amor y entrega, y a reflejarlo en todas las dimensiones de su vida.

María y José son la imagen ejemplar de todas las madres y padres, de su condición de guardianes de la vida, de su misión de enseñar el arte de vivir, el arte de amar y el arte de creer.

Salamanca, 31 de diciembre de 2017